





LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL





Winston S. Churchill

La segunda guerra mundial

Traducción de
Alejandra Devoto

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros



Moraleja de la obra

EN LA GUERRA: DETERMINACIÓN.

EN LA DERROTA: RESISTENCIA.

EN LA VICTORIA: MAGNANIMIDAD.

EN LA PAZ: CONCILIACIÓN.



NOTA

La segunda guerra mundial es una compilación realizada por Denis Kelly de los siguientes libros escritos por sir Winston Churchill:

La tormenta se avecina (1919-10 de mayo de 1940)

Su hora mejor (1940)

La gran alianza (1941)

El eje del destino (1942-julio de 1943)

El anillo se cierra (julio de 1943-6 de junio de 1944)

Triunfo y tragedia (6 de junio de 1944-25 de julio de 1945)

Por cuestión de espacio se han omitido numerosos pasajes de estos volúmenes, y para respetar la secuencia y la proporción ha sido necesaria una redistribución considerable del resto del texto. Sin embargo, aparte de una cantidad insignificante de frases para darle cohesión, el texto respeta estrictamente las palabras de sir Winston Churchill.

El Epílogo se publica ahora por primera vez en forma de libro. Sir Winston lo escribió a comienzos de 1957. No está abreviado y se refiere al período posterior a que dejara el cargo de primer ministro de Gran Bretaña, el veintiséis de julio de 1945.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento al teniente general sir Henry Pownall, al comodoro G. R. G. Allen y a F. W. Deakin, rector del St. Anthony's College de Oxford, por leer y comentar conmigo los primeros borradores de esta obra. Sin embargo, la responsabilidad por todos los defectos y deficiencias de la versión actual es exclusivamente mía.

También estoy sumamente agradecido a C. A. Butler, que ha corregido las pruebas, a mis editores a ambos lados del Atlántico, por su habitual generosidad y paciencia, y a muchas personas más, que me han brindado su colaboración, su estímulo y su asesoramiento.

D. K.

15 de diciembre de 1958

ÍNDICE

Introducción: El rugido del león, el ronquido del guardián	15
Fragmento del prólogo de <i>La tormenta se avecina</i>	27

LIBRO I

EL CAMINO HACIA EL DESASTRE

1919-10 de mayo de 1940

I LAS LOCURAS DE LOS VENCEDORES (1919-1929)	31
II EL APOGEO DE LA PAZ (1922-1931)	42
III ADOLF HITLER	52
IV LOS AÑOS DE LA LANGOSTA (1931-1933)	62
V EL OSCURECIMIENTO (1934)	74
VI LA PÉRDIDA DE LA PARIDAD AÉREA (1934-1935)	84
VII DESAFÍO Y RESPUESTA (1935)	93
VIII SANCIONES CONTRA ITALIA (1935)	102
IX HITLER ATACA (1936)	114
X UN INTERVALO OPRESIVO (1936-1938)	122
XI EDEN EN EL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES. SU DIMISIÓN	135
XII LA EXPOLIACIÓN DE AUSTRIA (febrero de 1938)	144
XIII CHECOSLOVAQUIA	155
XIV LA TRAGEDIA DE MÚNICH	163
XV PRAGA, ALBANIA Y LA GARANTÍA POLACA	172
XVI EN EL LÍMITE	181
XVII LA GUERRA SOMBRÍA	195
XVIII LA MISIÓN DEL ALMIRANTAZGO	205
XIX EL FRENTE DE FRANCIA	222
XX ESCANDINAVIA. FINLANDIA	230
XXI NORUEGA	242
XXII LA CAÍDA DEL GOBIERNO	253

LIBRO II

SOLO

10 de mayo de 1940-22 de junio de 1941

I LA COALICIÓN NACIONAL	263
II LA BATALLA DE FRANCIA	280
III LA MARCHA HACIA EL MAR	295
IV EL RESCATE DE DUNKERQUE	306
V A POR EL BOTÍN	318
VI DE VUELTA A FRANCIA (Del 4 al 12 de junio)	327
VII LA DEFENSA LOCAL Y EL APARATO DE CONTRAATAQUE ...	336
VIII LA AGONÍA DE FRANCIA	346
IX EL ALMIRANTE DARLAN Y LA FLOTA FRANCESA. ORÁN	358
X ACORRALADOS	368
XI LA OPERACIÓN «LEÓN MARINO»	381
XII LA BATALLA DE GRAN BRETAÑA	391
XIII «LONDRES PUEDE SOPORTARLO»	402
XIV PRÉSTAMO Y ARRIENDO	417
XV LA VICTORIA EN EL DESIERTO	425
XVI LA GUERRA SE EXTIENDE	441
XVII LA BATALLA DEL ATLÁNTICO	449
XVIII YUGOSLAVIA Y GRECIA	460
XIX EL FLANCO DEL DESIERTO. (Rommel. Tobruk)	475
XX CRETA	482
XXI EL ÚLTIMO ESFUERZO DEL GENERAL WAVELL	492
XXII LA NÉMESIS SOVIÉTICA	503

LIBRO III

LA GRAN ALIANZA

Desde el domingo 7 de diciembre de 1941 en adelante

I NUESTRO ALIADO SOVIÉTICO.....	517
II MI ENCUENTRO CON ROOSEVELT	529
III PERSIA Y EL DESIERTO	537
IV ¡PEARL HARBOUR!.....	549
V UN VIAJE EN PLENA GUERRA MUNDIAL	556
VI LOS ACUERDOS ANGLOAMERICANOS	567
VII LA CAÍDA DE SINGAPUR	576
VIII EL PARAÍSO DE LOS SUBMARINOS ALEMANES.....	589
IX LAS VICTORIAS NAVALES ESTADOUNIDENSES. EL MAR DEL CORAL Y LAS ISLAS MIDWAY	600
X «¡UN SEGUNDO FRENTE, YA MISMO!»	614
XI MI SEGUNDA VISITA A WASHINGTON. TOBRUK.....	623
XII EL VOTO DE CENSURA	633
XIII EL OCTAVO EJÉRCITO ACORRALADO	643
XIV MI VIAJE A EL CAIRO. LOS CAMBIOS EN EL MANDO.....	654
XV MOSCÚ. LA PRIMERA ENTREVISTA	665
XVI MOSCÚ. SE ESTABLECEN RELACIONES	674
XVII TENSIÓN E INCERTIDUMBRE	684
XVIII LA BATALLA DE EL ALAMEIN.....	695
XIX SE ENCIENDE LA ANTORCHA.....	701
XX LA CONFERENCIA DE CASABLANCA	712
XXI TURQUÍA, STALINGRADO Y TÚNEZ	724
XXII ITALIA COMO OBJETIVO	736

LIBRO IV

EL TRIUNFO Y LA TRAGEDIA: 1943-1945

I	LA CAPTURA DE SICILIA Y LA CAÍDA DE MUSSOLINI	749
II	LOS PUERTOS ARTIFICIALES	766
III	LA INVASIÓN DE ITALIA	776
IV	UN PUNTO MUERTO EN EL MEDITERRÁNEO	784
V	LOS CONVOYES ÁRTICOS	793
VI	TEHERÁN: LA PRIMERA PARTE	804
VII	TEHERÁN: EL MOMENTO CRUCIAL Y LAS CONCLUSIONES	817
VIII	CARTAGO Y MARRAQUECH	828
IX	EL MARISCAL TITO: EL TORMENTO GRIEGO	841
X	EL ATAQUE A ANZIO	849
XI	«OVERLORD»	858
XII	ROMA Y EL DÍA D	866
XIII	DE NORMANDÍA A PARÍS	872
XIV	ITALIA Y EL DESEMBARCO EN LA RIVIERA	883
XV	LAS VICTORIAS RUSAS	897
XVI	BIRMANIA	911
XVII	LA BATALLA DEL GOLFO DE LEYTE	922
XVIII	LA LIBERACIÓN DE EUROPA OCCIDENTAL	934
XIX	OCTUBRE EN MOSCÚ	942
XX	PARÍS Y LAS ARDENAS	950
XXI	NAVIDAD EN ATENAS	958
XXII	MALTA Y YALTA: LOS PLANES PARA LA PAZ MUNDIAL	969
XXIII	RUSIA Y POLONIA: LA PROMESA SOVIÉTICA	976
XXIV	EL CRUCE DEL RIN	988
XXV	EL TELÓN DE ACERO	997
XXVI	LA RENDICIÓN DE ALEMANIA	1012
XXVII	SE ABRE EL ABISMO	1028
XXVIII	LA BOMBA ATÓMICA	1038
	EPÍLOGO (de julio de 1945 a febrero de 1957).....	1051

MAPAS Y DIAGRAMAS

Europa en 1921 después de los tratados de paz	30
Las agresiones hitlerianas	154
Diagramas que muestran la acción contra el <i>Graf Spee</i>	216-220
Diagrama de la línea del Escalda y la línea Mosa-Amberes	226
Rusia ataca Finlandia, diciembre de 1939	232
La campaña aliada en Noruega, 1940	247
Zona de operaciones, mayo de 1940	262
Avances alemanes en días sucesivos, del 13 al 17 de mayo de 1940	279
La situación por la noche del 18 de mayo	288
La situación por la noche del 22 de mayo	292
La situación el 28 de mayo	301
Mapa general del oeste de Francia (de Cherburgo a Brest)	326
Boceto del plan de invasión alemán	383
La victoria del desierto, de diciembre de 1940 a enero de 1941	434
El avance desde Tobruk	435
Los Balcanes	467
Grecia	470
Creta y el Egeo	481
Siria e Irak	491
El ataque alemán a Rusia	516
Cirenaica	544
La batalla del Atlántico:	
El paraíso de los submarinos alemanes	590
La crisis de la guerra de submarinos	591
El frente del Pacífico	601
El mar del Coral	603
El desierto occidental	622
El frente de El Alamein: 23 de octubre de 1942	694
La costa del norte de África	702

El frente de Rusia, de abril de 1942 a marzo de 1943	729
La batalla del Atlántico:	
La crisis de la batalla	751
La gran ofensiva aire-mar	752
El tercer ataque a las rutas de los convoyes.....	753
Operaciones en el sur de Italia: de septiembre a diciembre de 1943	778
Operaciones en Rusia, de julio a diciembre de 1943	794
Italia central	848
Normandía	873
Las operaciones en el frente ruso, de junio de 1944 a enero de 1945	901
Birmania, de julio de 1944 a enero de 1945.....	917
Batalla del golfo de Leyte, Filipinas:	
Aproximación y contacto, del 22 al 24 de octubre de 1944	928
La fase decisiva, 25 de octubre de 1944	929
La persecución, del 26 al 27 de octubre de 1944	930
La contraofensiva de Rundstedt	953
La invasión de Alemania	1013
Zonas de ocupación en Alemania como se acordaron en Quebec en septiembre de 1944	1017
Pérdidas de buques mercantes producidas por submarinos alemanes (cualquier tonelaje), de enero de 1940 a abril de 1945	1023
La retirada de los aliados occidentales, julio de 1945	1035
Zonas de ocupación en Alemania y Austria que se adoptaron final- mente en julio de 1945.....	1045
Las fronteras de Europa central.....	1047

Introducción

EL RUGIDO DEL LEÓN, EL RONQUIDO DEL GUARDIÁN

A partir del 11 de septiembre de 2001 la peregrinación se hace aconsejable a todo ciudadano que se sienta orgulloso de pertenecer a un país democrático. Pero cualquier turista que recorra la monumental zona de Whitehall o las inmediaciones del londinense parque de St. James puede encontrar con facilidad, al pie mismo de los Clive Steps, una treintena de escalones presididos por la estatua de uno de los míticos héroes de la era imperial, una modesta entrada recubierta por sacos de arpillera llenos de cemento y arena. Se trata del acceso a uno de los sótanos del llamado edificio Anexo que forma parte de las instalaciones gubernamentales, cuyo epicentro es el casi contiguo número 10 de Downing Street. Basta descender unos cuantos metros para encontrarse con un largo corredor con apariencia de pasillo de submarino del que cuelgan dos apéndices a modo de escuetos brazos de un conjunto de habitaciones y cubículos con forma de U panzuda y abierta. Coincidiendo prácticamente con el primer recodo hay una estancia cuadrangular de apenas cinco metros de lado con paredes formadas por mamparas de color beige y vigas descubiertas de color rojo sujetando el techo. La práctica totalidad de la habitación está ocupada por una mesa de madera dispuesta a modo de cuadrilátero con una especie de «pozo» o agujero central del que cuelgan media docena de luces con forma de campana. En torno a la mesa hay una veintena de sillas de madera con el asiento y los reposabrazos tapizados en cuero verde. Dentro del «pozo», otras tres sillas idénticas dan la cara al lugar destinado a la presidencia, sólo reconocible por un sillón de respaldo más alto y por la caja de color rojo y asas doradas depositada sobre la mesa. Cuando Winston Churchill visitó ese refugio subterráneo poco después de ser elegido primer ministro en aquel tremendo mayo de 1940, en el que todo parecía preludiar un imparable descenso a los infiernos, era perfectamente consciente de lo que se le venía encima e hizo un anuncio a sus colaboradores de reminiscencias evangélicas acorde con las circunstancias: «Desde esta sala dirigiré la guerra.»

Tú eres Winston y desde esta sala dirigirás la guerra. Quede advertido el lector desde este momento de que los centenares de páginas que componen el relato de Churchill de la segunda guerra mundial están impregnados de ese sentido de misión histórica, casi sobrenatural, que él cree que le ha sido encomendada; que cuando recibe a De Gaulle en Inglaterra como «L'homme du destin», en realidad está pro-

yectando sobre él su propia noción de sí mismo; y que ese mandato del más allá en defensa del racionalismo democrático, situado contra las cuerdas en los primeros compases de la guerra por la alianza del nazismo y el comunismo, proporciona al relato elementos subjetivos fascinantes. Es el caso de cuando describe con amarga ironía la situación de las masas soviéticas tras la traición de Hitler y la invasión de Rusia en la «Operación Barbarroja»: «Los veo protegiendo las casas donde rezan las madres y las esposas (pues sí, hay momentos en los que todos rezan) por la seguridad de sus seres queridos.»

Esa estancia rectangular en los sótanos de Whitehall, desde entonces llamada sala del gabinete de Guerra, en la que habría de reunirse nada menos que 115 veces lo que hoy llamaríamos «núcleo duro» del gobierno de unidad nacional formado al estallar el conflicto, se conserva intacta y da buena idea de la posición de inferioridad y resistencia numantina a la que quedó reducida, tras la caída de Francia, la última potencia democrática de Europa, obligada a aguantar —durante año y medio en patética soledad— la feroz embestida nazi. En las tres sillas del «pozo», de cara al primer ministro y a su adjunto, el líder laborista Clement Atlee, y dando la espalda al menos a la mitad de los restantes congregados, se sentaban los jefes de Estado Mayor del Ejército, la Marina y la heroica RAF. La caja roja contenía los documentos de Estado que Churchill consideraba oportuno manejar y de las paredes sólo colgaba, y cuelga, un mapamundi de apariencia escolar y un clásico reloj de números romanos.

Tratando de aprovechar al máximo las posibilidades didácticas del recinto, el reloj permanece detenido a las 16.48 del 15 de octubre de 1940, momento en que comenzó una de las más tensas reuniones del gabinete de Guerra; mientras Londres sufría la peor semana de bombardeos desde el comienzo del *Blitz* alemán y un proyectil estallaba en los propios escalones de Clive. Tal como el lector podrá descubrir en este deslumbrante volumen, cuarenta y ocho horas después de esa reunión Churchill, su esposa y un grupo de amigos tendrían que abandonar precipitadamente el comedor del último piso de Downing Street después de que una bomba destruyera por completo la cocina. «Llama la atención que no hubiera habido más que 500 muertos y un par de miles de heridos», escribe sir Winston al hacer balance de lo ocurrido aquella noche.

Sesenta y un años después de estos hechos, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 han vuelto a convertir a Churchill en fuente de inspiración y ejemplo. El número de víctimas mortales en Nueva York fue catorce veces más cuantioso que el de aquella noche aciaga en Londres y el impacto psicológico, la sensación de amputación que produjo el desmoronamiento de las Torres Gemelas, excedió con mucho cualquier otro precedente de destrucción urbana, tal vez con la excepción de la

bomba de Hiroshima. Aunque en el otro lado de la balanza no existía el riesgo de una invasión que obligara a capitular o a doblegarse ante el yugo enemigo, desde el primer momento en medio de la sensación de impotencia y angustia que siguió a los ataques terroristas, los líderes políticos de ambos lados del Atlántico buscaron puntos de referencias sobre cuál debía ser su comportamiento y en seguida encontraron a Churchill.

En Estados Unidos tanto el alcalde Giuliani como el propio Bush lo citaron en sus discursos y en Gran Bretaña Tony Blair hizo cuanto estuvo en su mano para co-ger el testigo de un ejercicio del liderazgo basado en desechar cualquier alternativa que no fuera la confrontación sin tregua hasta conseguir la victoria. De esta manera la figura cenital del siglo XX se ponía otra vez de moda en la primera gran crisis del XXI, como antecedente directo de las dos cualidades esenciales que los ciudadanos esperan ver en sus gobernantes cuando se desencadena una situación límite: claridad de ideas para entender lo que está en juego y capacidad expresiva para transmitirlo.

Nada más tomar posesión advirtió al Parlamento que sólo podía ofrecer «sangre, sudor, lágrimas y fatiga», pero advirtió que lo que se dirimía no era sólo el dominio de Europa sino el futuro de la civilización humana. Cuando la Francia cobarde de Pétain se arrastraba ya en pos del armisticio y el Cuerpo Expedicionario británico era evacuado *in extremis* de Dunkerque, Churchill se dirigió al país a través de la BBC en el más legendario de sus mensajes: «Combatiremos en Francia, combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio. Combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás.»

Durante casi una década Churchill había clamado en el desierto del «apaciguamiento» contra la condescendencia frente al rearme alemán y ahora que, tras el fiasco de Múnich, la destrucción de Checoslovaquia, la invasión y el reparto de Polonia, la caída de Bélgica, Holanda, Noruega y Francia, el tiempo le había dado apocalípticamente la razón, su voz tenía el crédito de un viejo profeta bíblico cuyas sombrías predicciones se hubieran materializado en vida. Pero tenía además la vibración, la energía, la inteligencia y la sutileza de un maestro de la comunicación y del lenguaje. Prácticamente en el otro extremo del pasillo subterráneo, en la habitación 60 izquierda, se conserva el estudio radiofónico de emergencia desde el que Churchill emitió varios de sus mensajes a través de la BBC en los momentos más duros de los bombardeos. Como han reconocido incluso sus críticos menos condescendientes, era un maestro en el arte de «mandar las palabras al combate» y ésa fue un arma extraordinariamente eficaz cuando en los primeros compases de la guerra

la correlación de fuerzas era completamente adversa a los británicos en todos los demás ámbitos.

Fue en esos momentos en los que la democracia estuvo al borde de la extinción en Europa cuando, según el gran filósofo Isaiah Berlin, Churchill «impuso su voluntad y su imaginación sobre la de sus compatriotas», mitificándolos hasta el punto de que «al final ellos se aproximaron a su ideal, empezaron a verse a sí mismos como él los veía y los cobardes se transformaron en valientes».

Tras los designios políticos, diplomáticos y militares que entraron en colisión en la mayor contienda de la historia de la humanidad, él siempre vio un pulso en términos morales y tal vez por eso el prolijo relato de los hechos va precedido de una sucinta moraleja de proyección tanto individual como colectiva: «En la guerra, determinación; en la derrota, resistencia; en la victoria, magnanimidad; en la paz, conciliación.»

Siendo atractivas a más no poder todas las demás dimensiones del Churchill primer ministro y comandante en jefe —como de hecho lo es su polifacética biografía anterior a estos hechos—, fue su actitud «resistente» en la derrota y ante el riesgo de la completa destrucción del mundo y la civilización en la que creía, ese desgarrador rugido de aguante y empecinamiento de la primavera y el otoño del 40, lo que hará trascender su memoria mucho más allá de la de sus contemporáneos. Tal vez por eso, de los seis libros que componen la obra original resumida en estos volúmenes, mi favorito sea el segundo, el titulado «Solo».

Es la crónica de sus visitas relámpago a Francia antes y después de que el primer ministro Reynaud le despierte en la madrugada del 15 de mayo para comunicarle: «Hemos sido derrotados»; antes y después de que el general Gamelin confiese ante su estupefacción —«fue una de las mayores sorpresas que me llevé en la vida»— que el ejército francés carece de fuerzas de reserva para frenar el avance de los blindados alemanes; antes y después de que la camarilla derrotista aglutinada por Pétain pronostique que «en tres semanas a Inglaterra le retorcerán el cuello como a un pollo».

Es la crónica de la evacuación de Dunkerque, que tanto alivio proporcionó en medio del desastre y que él sólo quiso magnificar en sus justos términos: «Las guerras no se ganan con evacuaciones.» Es la crónica de la agónica decisión de destruir la flota francesa para impedir su captura por los alemanes. Y, sobre todo, es la crónica de la batalla de Inglaterra, en la que «jamás tantos le debieron tanto a tan pocos» —de nuevo las palabras al combate— y donde Churchill lideró a sus compatriotas hacia su «hora mejor».

Entre los incontables pasajes que por si solos aconsejarían la lectura de este libro está, por cierto, la descripción en primera persona de uno de los combates

aéreos más decisivos entre la RAF y la Luftwaffe, seguido en directo por Churchill y su esposa desde el cuartel general de uno de los escuadrones británicos implicados que habían acudido a visitar. Como ha subrayado uno de los grandes especialistas en historia militar del siglo XX, John Keegan, ni Hitler, ni Stalin, ni Roosevelt, ni ningún otro protagonista de la segunda guerra mundial nos ha legado una pieza equivalente de lo que, por utilizar la referencia de la sección habitual en la última página del diario EL MUNDO, hoy llamaríamos un «testigo directo».

Cuando los peores bombardeos pasan y queda claro que Hitler, obligado ya a desviar gran parte de su poder bélico hacia el frente del Este, no logrará doblegar a Gran Bretaña desde el aire, Churchill no canta victoria —eso sólo empezaría a hacerlo dos años más tarde, tras la batalla de El Alamein—, pero sí hace una loa al éxito de su resistencia: «No habíamos fallado. El alma de la raza y el pueblo británico habían demostrado ser invencibles. El baluarte de la Commonwealth y el imperio no pudo ser tomado por asalto. Solos, aunque con el apoyo de todos los latidos generosos de la humanidad, desafiamos al tirano en el momento culminante de su triunfo.»

Churchill es suficientemente generoso como para repartir el mérito de esa «soledad desafiante» entre todos los miembros de su Gobierno de unidad nacional, hasta el extremo de falsear la verdad de lo que ocurrió en la encrucijada de mayo del 40. Concretamente, el Capítulo ocho del Libro segundo titulado «La agonía de Francia» comienza con la siguiente afirmación: «Es posible que a las generaciones futuras les parezca digno de mención el hecho de que la cuestión suprema de si debíamos seguir luchando solos nunca figurara en el orden del día del gabinete de Guerra. Estos hombres pertenecientes a todos los partidos del Estado lo daban por supuesto y como norma, y nosotros estábamos demasiado ocupados para perder tiempo con cuestiones tan académicas e irreales.»

Pues bien, eso no es cierto. Cuando Churchill lo escribió, condicionado sin duda por su objetivo de pasar a la historia con esa «magnanimidad en la victoria» que predicaba, no había nadie dispuesto a desmentirle. Pero la reciente desclasificación de las propias actas de aquellos consejos de ministros, tal como han sido analizadas en el libro de John Lukacs *Five Days in London. May 1940* (Yale University Press), demuestra que los apaciguadores de Múnich intentaron reproducir su política pactista aun cuando los hechos ya les habían desautorizado clamorosamente.

La punta de lanza no fue Chamberlain, enfermo y angustiado, sino el ministro de Asuntos Exteriores lord Halifax, cuyo asiento en el cuadrilátero de la sala del gabinete de Guerra también puede ser perfectamente identificado por el visitante. Según consta en los documentos correspondientes a las reuniones del 26 y 27 de mayo —con la suerte del Cuerpo Expedicionario británico aún pendiente del débil

hilo que representaba la flotilla de barcos de toda laya congregada ante las playas de Dunkerque— el titular del Foreign Office planteó formalmente la mediación de Mussolini para lograr una paz separada con Alemania. ¿Si tuviera constancia de que «los asuntos vitales para la independencia de este país no se verían afectados», estaría Churchill —el entrecomillado es literal— «dispuesto a discutir tales términos»?

A la maniobra envolvente urdida en connivencia con la embajada italiana, Churchill respondió con una salida en tromba al convocar el martes 28 el pleno del consejo de ministros y anunciar ante sus colegas que no entablaría «ni directa ni indirectamente» negociaciones con la Alemania nazi, sino que Inglaterra, por el contrario, continuaría luchando «no importa lo que suceda en Dunkerque». Después se dirigió al Parlamento para advertir de que el futuro de la civilización occidental y el propio concepto de libertad estaban en juego y por tanto «nada de lo que suceda en esta batalla puede exonerarnos, en modo alguno de defender la causa mundial con la que nos hemos comprometido».

Fueron dos intervenciones vigorosas que galvanizaron a los convencidos y convencieron a los más tibios, de forma que Churchill pronto pudo escribir, esta vez con total sinceridad: «Estaba seguro de que todos los ministros estaban dispuestos a morir en seguida, y a perder a sus familias y a sus bienes antes que rendirse.»

Fue la lectura de esas actas del gabinete de Guerra, que prueban que la soledad de Churchill en el escenario internacional se hubiera perpetuado también en el doméstico de no haber sido por su firmeza y elocuencia, lo que a finales de 2000 me impulsó a proponer a mis compañeros del consejo de redacción de EL MUNDO que lo eligiéramos Hombre del siglo XX. De haber flaqueado también él, Gran Bretaña habría sido finlandizada, los aislacionistas se habrían impuesto en la política norteamericana y Hitler hubiera podido concentrar todas sus fuerzas en subyugar a Rusia, mientras la democracia parlamentaria se convertía en una reliquia inoperante en Europa. Ninguno de los habitantes de las dictaduras mediterráneas habríamos tenido durante la segunda mitad del siglo una referencia cercana de liberalismo político y económico sobre la que apalancar nuestras ilusiones de modernización y progreso.

Nada de esto significa que Churchill fuera un dechado de perfecciones ni como ser humano ni como político. Basta leer los escasos párrafos que la obra dedica a la guerra civil española para darse cuenta de cómo sus prejuicios cegaban a menudo su capacidad de apreciación de la realidad. Era además un hombre cuyos estados de ánimo oscilaban a menudo entre los delirios de grandeza y los ataques de depresión que él mismo había bautizado como el «perro negro». Influido sin duda por esas oscilaciones de humor, en algunos momentos culminantes del relato se aprecia inclu-

so cierta delectación morbosa en la hipótesis de que la civilización británica pueda ser barrida del mapa por los nazis como lo fue Cartago por los romanos. Así, en su último viaje a París antes de la ocupación alemana llega a argumentar ante sus homólogos franceses, en términos paradójicamente wagnerianos, «que la civilización de Europa occidental, con todos sus logros, tuviera un fin trágico pero espléndido sería preferible a que las dos grandes democracias siguieran adelante, pero desprovistas de todo lo que hace que valga la pena vivir la vida».

En este escenario de crepúsculo de los dioses estremece constatar cuál era el eslogan que, según él mismo revela, tenía Churchill preparado para arengar a los británicos hacia el último sacrificio en el caso de que se consumara la invasión alemana: «Siempre podrás llevarte a uno de ellos por delante.» No es de extrañar que al recordar esos momentos escriba muy pocos años después: «Era una época en la que era igual de bueno vivir que morir.»

Probablemente sin esa política de «victoria a cualquier precio» hubiera sido imposible convertir a los alegres y confiados británicos de un lustro atrás en los engranajes de una eficiente maquinaria bélica. Sobre esa milagrosa metamorfosis Churchill reflexiona a partir de una conocida cita del autor de *La caída del imperio romano*, su historiador favorito Edward Gibbon, al que ni siquiera necesita nombrar: «la historia que, según nos cuentan, es fundamentalmente la constancia de los crímenes, las locuras y las miserias de la humanidad para encontrar un paralelismo de esta repentina y completa inversión de una política de cinco o seis años de pacificación complaciente y conciliatoria y su transformación, de la noche a la mañana, en la disposición a aceptar una guerra obviamente inminente en condiciones mucho peores y a una escala mucho mayor.»

De haber fracasado en su empeño, Churchill no habría sido el salvador de la democracia, pero sí un heroico mártir por su causa. Ególatra e individualista como era, hasta el extremo de resultar vitriólico con quienes incurrieran a sus ojos en el lesa pecado de la mediocridad, toda su rebeldía e inconformismo se plegaba automáticamente ante las reglas sagradas del parlamentarismo. Deslumbra y estremece al mismo tiempo repasar la escrupulosidad con que en el epicentro mismo de la guerra, mientras sus adversarios gobernaban de forma tan tiránica como expedita, afrontó como primer ministro una moción de censura con sus correspondientes debates y votaciones. Fue en el transcurso de ésta cuando rechazó la idea de que un miembro de la familia real fuera nombrado comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, porque «sería un sistema muy diferente de éste en que vivimos» y «podría convertirse fácilmente en una dictadura».

Nadie puede negar que este gran líder político creía las cosas que decía. En noviembre de 2000 tuve la suerte de asistir en el Royal Albert Hall de Londres a un

concierto conmemorativo del 60 aniversario de la visita que Churchill realizó a su antiguo colegio de Harrow —el eterno rival de Eton en la educación de los *gentlemen* británicos—, precisamente en noviembre del 40, cuando más de punta caían los chuzos de la Luftwaffe, para cantar las viejas canciones de su infancia. Su secretario Jack Colville, también ex alumno del colegio, le había sorprendido más de una vez tarareándolas y pensó que una visita a su alma máter —situada en una colina a las afueras de Londres que también había sufrido los rigores del *Blitz*— le pondría de buen humor y reforzaría su determinación a resistir.

Escuchando a un coro de cientos de muchachos de entre trece y diecisiete años entonar las que desde entonces quedaron bautizadas como *Churchill songs*, no me fue difícil entender por qué funcionó esa medicina. Las canciones de Harrow no sólo ensalzan la gloria y el honor del colegio, no sólo recrean con aguda ironía los pasajes más pintorescos de la rutina escolar, sino que despliegan en sus letras el mejor homenaje a los valores básicos que toda sociedad debe poder movilizar, hoy como ayer, en las situaciones límites. Aunque sus acordes debieron de tener un timbre menos solemne que el que proporcionaba el espectacular órgano del Royal Albert Hall, es perfectamente comprensible el significado que en plena batalla de Inglaterra tuvo que suponer para Churchill, por ejemplo, escuchar una canción escrita a finales del XIX en la que se proclama: «La voz del deber está llamando claramente/mandando a los hombres comportarse con valentía/que nuestra respuesta sea: ¡Estamos aquí!/venga lo que sea/ bueno o malo/responderemos: ¡Estamos aquí!»¹.

¿No son acaso obvias las reminiscencias de ese «venga lo que sea» y ese «la voz del deber está llamando» en el «no importa lo que suceda» que esgrimió ante el gabinete de Guerra y en el «nada puede liberarnos de nuestro deber» que enarboló en el Parlamento?

El concierto del Royal Albert Hall, que tuvo como invitada y chispeante oradora de honor a la única hija viva de Churchill, Mary Soames, comenzó con una canción titulada con el lema latino de Harrow School «Stet Fortuna Domus»: «Que la Fortuna Permanezca en la Casa.» No es difícil imaginar por qué un hombre tan impregnado del sentido de la predestinación, tan sensible a toda manifestación de «pompa y circunstancia», y tan aficionado al buen oporto y al champán Pol Roger, se sentía identificado por partida triple con su primera estrofa: «Les rogamos que llenen sus vasos caballeros,/y beban por el honor de Harrow,/que la Fortuna siga visitando la Colina/la Gloria permanezca sobre ella»². Probablemente por eso, con motivo de su visita en

¹ «Duty's voice is ringing clear/Bidding men to brave endeavour/Be our answer "We are here"/Come what will,/Good or ill,/We will answer "We are here".»

² «Pray, charge your glasses gentlemen/And drink to Harrow's honor/May Fortune still attend the Hill/And Glory rest upon her!»

ese terrible otoño del 40, se introdujo una nueva estrofa que resultó premonitoria: «No alabamos menos en días más duros/al líder de nuestra nación,/y el nombre de Churchill merece ser aclamado/por cada nueva generación»³.

La obsesión de Churchill por labrar el recuerdo que quedaría de él después de su muerte nunca le consoló demasiado de los amargos reveses que sufrió durante su vida. Atacado por el «perro negro» del mal humor, su primer refugio era siempre un sentido cáustico de la ironía. Baste como muestra el elocuente botón que el relato de su inesperada derrota electoral del 26 de julio de 1945 esté incluido en el último capítulo del segundo volumen de esta obra titulado «La bomba atómica». Y es que para Churchill el ser rechazado por sus compatriotas en las urnas tras haberles guiado heroicamente hasta la victoria debió de tener el mismo efecto devastador que las bombas de plutonio arrojadas pocos días después sobre Hiroshima y Nagasaki tuvieron sobre Japón. Tanto es así que cuando su esposa le dice aquella tarde en su casa de campo de Chartwell que la derrota electoral puede ser «una bendición disfrazada», él replica ácidamente: «Pues por el momento parece muy bien disfrazada.»

Aunque probablemente ella estuviera pensando más bien en la vida familiar y los trabajos de albañilería y jardinería a los que tan aficionado era Churchill, la «bendición disfrazada» se materializó pronto en esta obra. Sin esa derrota electoral que él consideró de nuevo como el final de su vida política —volviéndose a equivocar, pues aún regresaría una vez más al poder— no habría podido escribir esta memoria monumental con los recuerdos frescos y en plenitud física y mental.

Aunque es obvio que fue gracias a estas memorias de la segunda guerra mundial por lo que Churchill consiguió el Nobel de Literatura, sus libros anteriores, y muy especialmente las biografías de su padre Randolph Churchill y de su antepasado Marlborough —el «Mambrú» de nuestras canciones infantiles— ya le hubieran merecido un lugar de honor en la historiografía moderna. Fiel al estilo de sus admirados Macaulay y Gibbon, Churchill construye el relato como un atractivo entramado sintáctico y hasta fonético, en el que siempre hay una oración subordinada que ilumine la narración de los hechos con un pasaje anecdótico o una digresión filosófica.

La credibilidad de la historia contada en primera persona alcanza en estos volúmenes uno de sus mayores hitos. Sólo por los retratos de los grandes protagonistas de la crisis mundial tratados de tú a tú —Ribbentrop, Mólotov, Roosevelt, Stalin, Truman— ya merecería la pena esta narración en la que el profundo conocimiento que el autor tenía de las técnicas bélicas se traduce también en algunas de las mejores páginas de historia militar jamás escritas.

³ «Nor less we praise in sterner days/The leader of our nation,/And Churchill's name shall win acclaim/ From each new generation.»

Pero lo que hace de este libro algo único es el testimonio de la resistencia, recuperación e imparable avance de la voluntad humana al servicio de la democracia y la libertad en el más grandioso escenario de destrucción, gloria y tragedia que ha producido nunca nuestra civilización. Si tuviera que elegir un solo pasaje dentro de tan interminable retablo de situaciones únicas, me quedaría con la descripción del servicio religioso celebrado en una bahía de Terranova a bordo del *Príncipe de Gales* con motivo del primer encuentro con Roosevelt en agosto de 1941. Tras describir la escena con las banderas de los dos países bajo un púlpito ante el que se mezclaban marinos de ambas nacionalidades y recordar que fue él quien eligió personalmente los himnos, Churchill añade: «Cada una de aquellas palabras parecía conmocionar el corazón. Era una gran hora para vivir. Casi la mitad de los que cantaban habrían de morir pronto»⁴.

Casi consecutiva a esta estampa es la narración del que sin duda es el punto de inflexión del relato como lo fue del conflicto bélico. Churchill recuerda como el domingo 7 de diciembre estaba en su residencia oficial de Chequers con el enviado especial norteamericano Averell Harriman cuando oyeron en la BBC las primeras noticias del ataque japonés a Pearl Harbour. Una llamada personal a Roosevelt le confirmó lo ocurrido. A la mañana siguiente, el propio primer ministro entregaba una carta al embajador japonés, por la que Gran Bretaña declaraba la guerra a su país. Concluía con el más versallesco de los lenguajes: «Tengo el honor de ser, con alta consideración Señor, su obediente servidor, Winston S. Churchill.» Tras lo cual, el mordaz incorregible que afloraba cada vez que este hombre tomaba la palabra o cogía la pluma no puede dejar de acotar: «A algunas personas no les gustó este estilo ceremonial. Pero después de todo cuando tienes que matar a un hombre no cuesta nada ser educado.»

Lo significativo es que Churchill no puede ocultar su júbilo al constatar cómo la agresión japonesa va a eliminar todos los obstáculos para que Roosevelt entre en la guerra y cómo los hechos van a ceñirse a su anhelado guión según el cual los «dos grandes pueblos de habla inglesa» impondrían su voluntad, su nivel de desarrollo y su capacidad demográfica e industrial a los totalitarismos coligados contra ellos. Esa noche dice Churchill que durmió «el sueño de los salvados y los agradecidos». Un centenar de páginas después, tras el feliz desenlace de su difícil primer encuentro con Stalin, va más lejos y recuerda como en la Villa Estatal número 7 de las afueras de Moscú, «dormí larga y sonoramente».

En su extensa y variopinta trayectoria Churchill lo hizo todo con ruido, hasta el extremo de que esos ronquidos, de los que tanto se vanagloriaba, bien pueden servir

⁴ Cuatro meses después, el *Príncipe de Gales* fue hundido en Singapur por la flota japonesa.

de metáfora de cuanto irritó y molestó a gran parte de sus contemporáneos. Pero la dramática encrucijada que fue capaz de afrontar y resolver vino a demostrarles a todos que, en definitiva, uno de los atributos de un guardián eficaz es hacer, de día y de noche, cuanto ruido sea necesario. Y que el ruido fastidioso de un político cascarrabias y aguafiestas, empeñado en gruñir a contracorriente, puede convertirse de repente, por mor de los acontecimientos y con el respaldo de un pueblo dispuesto a aferrarse a la defensa de sus valores, en el desafiante rugido de un león tenaz hasta la victoria.

PEDRO J. RAMÍREZ
Octubre de 2001





FRAGMENTO DEL PRÓLOGO DE
LA TORMENTA SE AVECINA

Debo considerar estos volúmenes una continuación de la historia de la primera guerra mundial que inicié con *La crisis mundial*, *El frente oriental* y *Las secuelas* que, en conjunto, abarcan la narración de otra guerra de los Treinta Años.

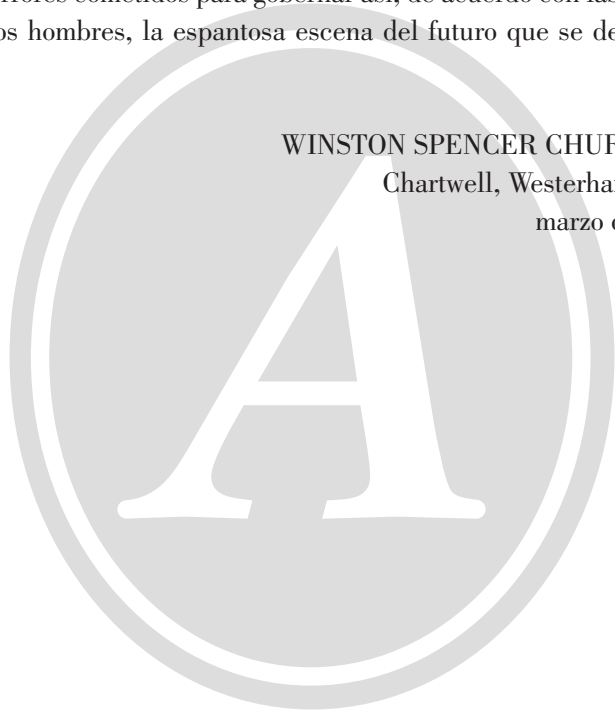
Como en volúmenes anteriores, he seguido todo lo que he podido el método utilizado por Defoe en sus *Memorias de un caballero*, en las cuales el autor hace una crónica y un análisis de importantes acontecimientos militares y políticos partiendo de las experiencias personales de un individuo. Es posible que nadie más que yo haya vivido los dos máximos cataclismos de la historia escrita desde importantes puestos ejecutivos. Sin embargo, mientras que en la primera guerra mundial ocupé cargos de responsabilidad, aunque subalternos, durante el segundo enfrentamiento con Alemania estuve más de cinco años al frente del gobierno de Su Majestad. Por tanto, escribo desde un punto de vista diferente y con más autoridad que la que podía tener en mis libros anteriores. No lo describo como historia, porque esto le corresponde hacerlo a otra generación, pero estoy seguro de que se trata de una aportación a la historia que será útil en el futuro.

Estos treinta años de acción y lucha abarcan y expresan el esfuerzo de toda mi vida, y estoy dispuesto a que me juzguen por ellos. He respetado mi norma de no criticar nunca ninguna medida ni política de guerra después de los acontecimientos, a menos que con anterioridad hubiese manifestado, de forma pública o formal, mi opinión o mi advertencia al respecto. No cabe duda de que, con posterioridad, he suavizado muchas de las dificultades de la controversia contemporánea. Me ha resultado doloroso expresar estas discrepancias con tantos hombres que he apreciado o respetado, pero no sería correcto no presentarle al futuro las lecciones del pasado. Que nadie menosprecie a los hombres honestos y bienintencionados cuyos actos menciono en estas páginas sin examinar antes su propio corazón, sin revisar su propio desempeño de la función pública y sin aplicar las lecciones del pasado a su conducta futura.

No suponga el lector que espero que todos estén de acuerdo con lo que digo, y mucho menos que escribo lo que conviene. Doy mi testimonio según mi criterio personal. He hecho todo lo posible por comprobar los hechos, aunque siguen saliendo datos a la luz cuando se revelan los documentos que se han encontrado o aparecen otras revelaciones que pueden presentar un aspecto diferente de las conclusiones a las que he llegado.

En una ocasión me dijo el presidente Roosevelt que estaba pidiendo públicamente que le hicieran sugerencias sobre cómo habría que llamar a esta guerra. En seguida le propuse «la guerra innecesaria». No ha habido jamás una guerra más fácil de detener que la que acaba de arruinar lo que quedaba del mundo después de la contienda anterior. La tragedia humana alcanza el punto culminante en el hecho de que, después de tantos esfuerzos y sacrificios de centenares de millones de personas y tras la victoria de la causa justa, todavía no hayamos alcanzado la paz ni la seguridad, y que nos encontremos en manos de peligros todavía peores que los que hemos superado. Es mi deseo ferviente el que el reflexionar sobre el pasado nos sirva de guía para los días venideros, que permita a una nueva generación reparar algunos de los errores cometidos para gobernar así, de acuerdo con las necesidades y la gloria de los hombres, la espantosa escena del futuro que se desarrolla ante nuestros ojos.

WINSTON SPENCER CHURCHILL
Chartwell, Westerham, Kent
marzo de 1948

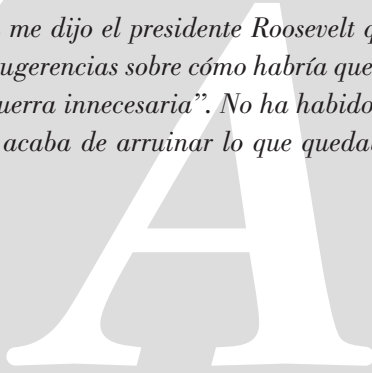


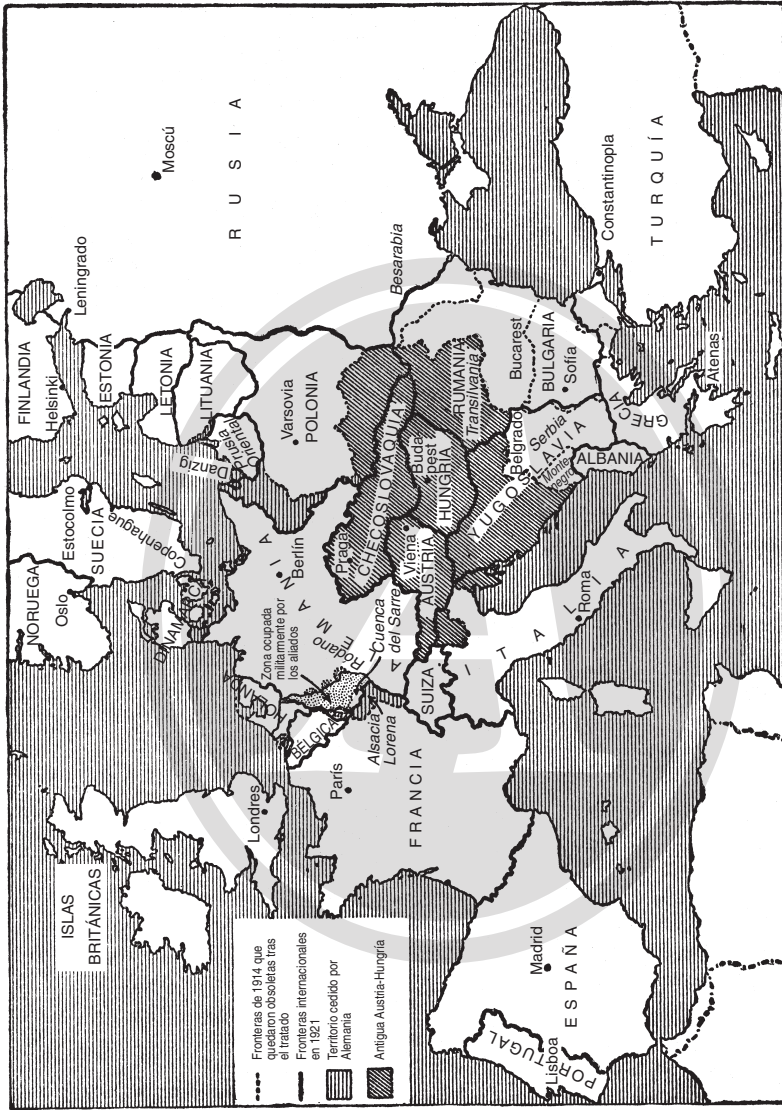
LIBRO I

EL CAMINO HACIA EL DESASTRE

1919-10 de mayo de 1940

«En una ocasión me dijo el presidente Roosevelt que estaba pidiendo públicamente que le hicieran sugerencias sobre cómo habría que llamar a esta guerra. En seguida le propuse “la guerra innecesaria”. No ha habido jamás una guerra más fácil de detener que la que acaba de arruinar lo que quedaba del mundo después de la contienda anterior.»





Europa en 1921 después de los tratados de paz

Capítulo I

LAS LOCURAS DE LOS VENCEDORES (1919-1929)

Al acabar la guerra mundial de 1914, reinaba una profunda convicción y una esperanza casi universal de que habría paz en el mundo. Ese deseo intenso de todos los pueblos se podría haber conseguido fácilmente si se hubiese persistido en las convicciones correctas y se hubiese aplicado un sentido común y una prudencia razonables. La frase «la guerra para acabar la guerra» estaba en boca de todos, y se habían tomado medidas para convertirla en realidad. El presidente Wilson, ejerciendo (según se pensaba) la autoridad en Estados Unidos, había impuesto en todas las mentes el concepto de una Sociedad de Naciones. Los ejércitos aliados bordeaban el Rin y sus cabezas de puente penetraban hasta lo más profundo de una Alemania derrotada, desarmada y hambrienta. Los jefes de las potencias victoriosas debatían el futuro en París. Frente a ellos se extendía un mapa de Europa que casi podían rehacer a su antojo. Tras cincuenta y dos meses de agonía y peligro, tenían a su merced a la coalición teutona, y ninguno de sus cuatro miembros podía ofrecer la menor resistencia a sus designios. Alemania, la cabeza y el frente de la agresión, considerada por todos la causa fundamental de la catástrofe que había asolado el mundo, quedaba sometida a la merced o la discreción de los conquistadores, tambaleantes también después de tanto tormento. Además, ésta había sido una guerra de pueblos, más que de gobiernos. Toda la energía vital de las principales naciones se vertió en ira y en matanza. Los dirigentes de la lucha, reunidos en París en el verano de 1919, habían llegado hasta allí empujados por las mareas más fuertes y más furiosas que jamás asolaron la historia de la humanidad. Atrás quedaban los días de los tratados de Utrecht y de Viena, en los que estadistas y diplomáticos aristocráticos, tanto vencedores como vencidos, celebraban amables y corteses deliberaciones y, al margen del repiqueteo y el trajín de la democracia, podían rehacer sistemas partiendo de unas bases en las que todos coincidían. Los pueblos, arrebatados por su sufrimiento y por las enseñanzas masivas que les habían inculcado, se reunían en masa para exigir el máximo castigo. ¡Pobres de los dirigentes, encaramados en vertiginosos pináculos de gloria, si perdían en la conferencia de paz lo que los soldados habían ganado en cien batallas sangrientas!

Francia, por el derecho adquirido tanto por sus esfuerzos como por sus pérdidas, llevaba la batuta. Casi un millón y medio de franceses habían perecido defen-

diendo el suelo francés contra el invasor. Cinco veces en cien años, en 1814, 1815, 1870, 1914 y 1918, las torres de Notre Dame vieron el fogonazo de los cañones prusianos y oyeron su estruendo. Trece provincias francesas permanecieron bajo el riguroso yugo del mando militar prusiano durante cuatro años espantosos. Extensas regiones quedaron devastadas sistemáticamente por el enemigo o pulverizadas en los choques de los ejércitos. De Verdún a Tolón, prácticamente no había casa ni familia que no llorara a algún muerto o cobijara a algún mutilado. A los franceses que combatieron y sufrieron en 1870 (muchos de los cuales ocupaban altos cargos) les parecía casi un milagro que Francia hubiera salido victoriosa de esta contienda recién acabada, mucho más terrible que aquella. Durante toda su vida tuvieron miedo del imperio alemán. Recordaban la guerra preventiva que Bismarck quiso entablar en 1875; recordaban la brutal amenaza que obligó a dimitir a Delcassé en 1905; temblaron con la amenaza marroquí en 1906, con la disputa bosnia de 1908 y con la crisis de Agadir en 1911. Los discursos del káiser, que hablaban de «puños cubiertos de malla» y de «brillantes corazas», tal vez se ridiculizaran en Inglaterra y en Estados Unidos, pero en el corazón de los franceses sonaban a cruda realidad. Vivieron casi cincuenta años aterrorizados por las armas alemanas; al final, después de pagar el precio con su sangre, se había acabado la prolongada opresión y seguramente habría, por fin, paz y seguridad. El pueblo francés clamaba apasionadamente: «¡Nunca más!»

Pero el porvenir estaba cargado de premoniciones. La población de Francia equivalía a menos de dos tercios de la alemana y, además, permanecía estacionaria, mientras que la alemana seguía creciendo. En diez años o menos, el aluvión de jóvenes alemanes en edad militar sería el doble que su equivalente en Francia. Alemania había luchado durante casi toda la guerra prácticamente con una sola mano, y había estado a punto de triunfar. Los más informados conocían bien las diversas ocasiones en que titubeó el desenlace de la «gran guerra» y los accidentes y las casualidades que hicieron girar la fatídica balanza. ¿Había alguna perspectiva de que en el futuro los aliados volvieran a aparecer a millones sobre los campos de batalla de Francia o en el Este? Rusia estaba en ruinas y convulsionada, tan transformada que ya no guardaba semblanza alguna de su pasado. Italia podría estar del lado contrario. Mares u océanos separaban Gran Bretaña y Estados Unidos de Europa. El propio imperio británico parecía unido por unos lazos que sólo comprendían a sus propios ciudadanos. ¿Qué combinación de acontecimientos haría que regresaran a Francia y a Flandes los formidables canadienses de los montes de Vimy, los gloriosos australianos de Villers-Bretonneux, los intrépidos neozelandeses de los destrozados campos de Passchendaele o el estoico cuerpo expedicionario indio que defendió la línea en Armentières en el crudo invierno de 1914? ¿Cuándo vol-

vería a recorrer las llanuras de Artois y la Picardía la pacífica, indolente y antimilitarista Gran Bretaña, con ejércitos de dos o tres millones de soldados? ¿Y cuándo volverían a cruzar el mar dos millones de espléndidos estadounidenses, hasta Campaña y la Argonne? Agotados y tremendamente diezmados, pero como amos indiscutibles de la situación, los franceses contemplaban el futuro con maravillado agradecimiento e inquieto terror. ¿Dónde estaba esa SEGURIDAD sin la cual todo lo que habían ganado parecía inútil y la propia vida, incluso en medio del regocijo de la victoria, resultaba casi insoportable? Lo más necesario era la seguridad a toda costa y por cualquier medio, por duro que fuera.

El día del armisticio, las tropas alemanas se retiraron a su país en orden. «Han luchado bien —dijo el mariscal Foch, generalísimo de los aliados, coronado de laureles y con su estilo militar—; que conserven las armas.» Pero exigió que a partir de entonces la frontera con Francia se trasladase hasta el Rin. Alemania podía perder las armas, podían hacer añicos su sistema militar, dismantelar sus fortalezas, podían dejarla sumergida en la pobreza, podían obligarla a pagar inconmensurables indemnizaciones, podía ser presa de luchas internas, pero todo esto habría acabado al cabo de diez o veinte años. Entonces volvería a alzarse la voluntad indestructible «de todas las tribus alemanas» y volvería a arder el fuego insaciable de la belicosa Prusia. Pero el Rin, ese río ancho, profundo y rápido, que había sido fortificado y defendido por el ejército francés, se convertiría en una barrera y un escudo tras los cuales Francia podría vivir y respirar durante generaciones. Muy distintos eran los sentimientos y las opiniones del mundo de habla inglesa, sin cuya ayuda Francia habría sucumbido. Pese a las disposiciones territoriales del tratado de Versalles, Alemania quedó prácticamente intacta y siguió conservando el bloque racial más homogéneo de toda Europa. Cuando le dijeron al mariscal Foch que se había firmado el tratado de paz de Versalles, comentó con singular acierto: «Esto no es una paz sino un armisticio para veinte años.»

Las disposiciones económicas del tratado eran tan perversas y tan absurdas que evidentemente resultaron fútiles. Condenaban a Alemania a pagar unas indemnizaciones fabulosas. Estos dictados eran una manifestación de la ira de los vencedores, pero también implicaban que sus pueblos no se daban cuenta de que ninguna nación ni comunidad vencida puede pagar nunca un tributo que compense los costes de la guerra moderna.

Las multitudes seguían sumidas en la ignorancia de los datos económicos más elementales, y sus líderes, en su afán por conseguir sus votos, no se atrevían a decepcionarlas. Los periódicos, como siempre, reflejaban y destacaban las opiniones

dominantes. Pocas voces se alzaron para explicar que las indemnizaciones sólo se pueden pagar con servicios, o mediante el transporte físico de mercancías en vagones que atraviesen las fronteras terrestres, o por barcos que surquen los mares; o que cuando estos productos lleguen a sus países de destino desplacen a la industria local, salvo en sociedades muy primitivas o controladas con mucho rigor. En la práctica, como ya han aprendido hasta los rusos, la única forma de expoliar a una nación derrotada es llevarse los bienes muebles que interesen y una parte de sus hombres, como esclavos temporales o permanentes. Pero las ganancias que se obtienen de este modo no guardan ninguna relación con el coste de la guerra. Ninguna de las personas que ocupaban altos cargos tuvo el tino, el ascendiente o la imparcialidad frente a la locura general para explicarle al electorado estas crudas verdades fundamentales; aunque tampoco nadie les hubiera creído. Los aliados triunfantes siguieron afirmando que exprimirían a Alemania «como un limón», lo cual tuvo gran influencia en la prosperidad del mundo y en el talante de la raza alemana.

Sin embargo, en la práctica, estas disposiciones no se cumplieron nunca. Al contrario, mientras que las potencias vencedoras se apropiaron de alrededor de mil millones de libras esterlinas en bienes alemanes, pocos años después le prestaron más de mil quinientos millones, sobre todo Estados Unidos y Gran Bretaña, de modo que Alemania pudo reparar rápidamente las ruinas de la guerra. Como esta aparente magnanimidad iba acompañada además por el clamor mecánico de las poblaciones infelices y amargadas de los países vencedores y la garantía de sus estadistas de que harían pagar a Alemania «hasta el último céntimo», no cabía esperar ni gratitud ni buena voluntad.

La historia calificará todas estas operaciones de demenciales, ya que contribuyeron a generar tanto la maldición marcial como la «tormenta económica», de las que hablaremos más adelante. Toda una historia lamentable de compleja estupidez en cuya confección se malgastaron muchos esfuerzos y virtudes.

La segunda tragedia capital fue la total desintegración del imperio austrohúngaro en virtud de los tratados de Saint-Germain y Trianón. Durante siglos, este superviviente del Sacro Imperio Romano permitió llevar una existencia común, con ventajas comerciales y de seguridad, a gran cantidad de pueblos, ninguno de los cuales ha tenido, en nuestros tiempos, ni la fuerza ni la vitalidad necesarias para mantenerse por su cuenta frente a la presión de una Alemania o una Rusia revivificadas. Todas estas razas deseaban alejarse de la estructura federal o imperial, y alentar sus deseos se consideraba una política liberal. Prosiguió la balcanización del sureste de Europa, con el consiguiente engrandecimiento relativo de Prusia y el Reich alemán

que, aunque cansado y marcado por la guerra, siguió intacto y abrumador a nivel local. A ninguno de los pueblos o provincias que constituían el imperio de los Habsburgo lograr la independencia les supuso pasar por las torturas que los antiguos poetas y teólogos reservaban a los condenados. Viena, su noble capital, que albergaba una cultura y una tradición defendidas durante tanto tiempo, donde confluían tantas carreteras, ríos y líneas férreas, quedó vacía y hambrienta, como un gran emporio en un barrio venido a menos, abandonado por la mayoría de sus habitantes.

Los vencedores impusieron a los alemanes todos los ideales de los países liberales de Occidente. Los libraron de la carga del servicio militar obligatorio y de la necesidad de mantener armamento pesado. Les impusieron los grandes préstamos estadounidenses, aunque no tenían crédito. Se estableció en Weimar una Constitución democrática, de acuerdo con todas las últimas innovaciones. Después de expulsar a los emperadores, eligieron a personas insignificantes. Bajo esta endeble estructura, hervían las pasiones de la poderosa derrotada, aunque sustancialmente intacta nación alemana. El prejuicio de los estadounidenses con respecto a la monarquía le dejó claro al derrotado imperio que como república recibiría mucho mejor trato por parte de los aliados. La prudencia habría coronado y reforzado la República de Weimar con un soberano constitucional en la persona de un nieto del káiser, representado por un Consejo de Regencia; en cambio, se abrió un gran vacío en la vida nacional del pueblo alemán. Todos los elementos fuertes, militares y feudales que podrían haber apoyado una monarquía constitucional y, por su bien, habrían respetado y defendido los nuevos procesos democráticos y parlamentarios, quedaron de momento desquiciados. La República de Weimar, con todos los símbolos y las bendiciones liberales, fue vista como una imposición del enemigo y no consiguió mantener la lealtad ni la ilusión del pueblo alemán. Durante un tiempo trataron de aferrarse, desesperados, al anciano mariscal Hindenburg. Pero después se desencadenaron unas fuerzas poderosas y se ensanchó el vacío, en el cual, tras una pausa, entró un maníaco despiadado, depositario y manifestación de los odios más violentos que jamás corroyeron pecho humano: el cabo Hitler.

La guerra había desangrado a Francia. Había triunfado la generación que, desde 1870, soñaba con una guerra de venganza, pero a un coste letal para la fuerza vital del país. Acogió los albores de la victoria una Francia demacrada. Después de su éxito clamoroso, prevaleció en la nación un profundo temor a Alemania, y fue precisamente este temor lo que impulsó al mariscal Foch a pedir la frontera en el Rin para proteger el país de un vecino mucho más grande que ella. Pero los estadistas británicos y estadounidenses consideraron que la incorporación a territorio francés

de zonas con población alemana se oponía a los «catorce puntos» y a los principios del nacionalismo y la autodeterminación en los que debía basarse el tratado de paz y, por tanto, se pusieron en contra de Foch y de Francia. Convencieron a Clemenceau, prometiéndole, en primer lugar, una garantía conjunta angloamericana para la defensa de Francia; en segundo lugar, una zona desmilitarizada y, en tercer lugar, el desarme total y duradero de Alemania. Clemenceau lo aceptó, a pesar de las protestas de Foch y de su propio instinto. Así fue como Wilson, Lloyd George y Clemenceau firmaron el tratado de garantía, que el Senado estadounidense se negó a ratificar porque no quiso reconocer la firma del presidente Wilson. Y a nosotros, que tanto nos habíamos sometido a sus opiniones y deseos en todo este asunto del acuerdo de paz, nos dijeron sin mucha ceremonia que deberíamos estar mejor informados sobre la Constitución de Estados Unidos.

En medio del temor, la ira y la confusión del pueblo francés, la figura inquebrantable y preponderante de Clemenceau, con su autoridad de fama mundial y sus contactos especiales con Gran Bretaña y Estados Unidos, fue eliminada precipitadamente. Dice Plutarco que «los pueblos fuertes se caracterizan por su ingratitud hacia los grandes hombres». Pero Francia cometió una imprudencia al seguir esta tendencia cuando estaba tan debilitada, porque apenas la compensó la fuerza que encontró en la renovación de las intrigas de grupos y los incesantes cambios de gobierno y de ministros que caracterizaron la Tercera República, por provechosos o divertidos que resultaran para las partes implicadas.

Poincaré, el más poderoso de los sucesores de Clemenceau, trató de crear una Renania independiente bajo la protección y el control de Francia, pero sin la menor probabilidad de éxito. No dudó en tratar de exigirle a Alemania las indemnizaciones por la invasión del Ruhr, lo cual suponía, sin duda, obligar a Alemania a cumplir los tratados, pero fue severamente condenado por la opinión británica y la estadounidense. Como consecuencia de la desorganización general de Alemania, tanto financiera como política, sumada a los pagos de indemnizaciones durante los años comprendidos entre 1919 y 1923, el marco se desplomó rápidamente. La ira que despertó en Alemania la ocupación francesa del Ruhr trajo como consecuencia una emisión enorme e imprudente de papel moneda, con la intención deliberada de arruinar la base de la moneda. En las últimas etapas de la inflación, una libra esterlina llegó a costar cuarenta y tres billones de marcos. Las consecuencias sociales y económicas de esta inflación fueron funestas y trascendentales. Se esfumaron los ahorros de las clases medias, que se convirtieron así en seguidoras naturales de las consignas del nacionalsocialismo. Toda la estructura de la industria alemana se distorsionó con la aparición de sociedades que crecieron como hongos. Desapareció todo el capital circulante del país. Evidentemente, la deuda pública y la deuda de

la industria en forma de cargas fijas de capital e hipotecas desaparecieron o dejaron de reconocerse al mismo tiempo, aunque esto no compensó la pérdida del capital circulante. Todo ello condujo directamente a los préstamos internacionales a gran escala, solicitados por una nación arruinada, que caracterizaron los años siguientes. Los sufrimientos y la amargura de Alemania avanzaron juntos, igual que ahora.

La disposición de Gran Bretaña con respecto a Alemania, tan encarnizada al principio, muy pronto se dirigió en sentido contrario. Se abrió una fisura entre Lloyd George y Poincaré, cuya áspera personalidad constituía un obstáculo para sus políticas firmes y clarividentes. Las dos naciones se alejaron en pensamiento y acción, y la simpatía, o incluso la admiración, de Gran Bretaña con respecto a Alemania comenzó a manifestarse con fuerza.

Poco después de su creación, la Sociedad de Naciones recibió un golpe casi mortal cuando Estados Unidos abandonó a este vástago del presidente Wilson. El propio presidente, dispuesto a luchar por sus ideales, sufrió un ataque de parálisis justo cuando emprendía su campaña y a partir de entonces se convirtió en un despojo inútil durante casi dos largos años fundamentales, al cabo de los cuales su partido y su política fueron arrasados por la victoria presidencial del Partido Republicano en 1920. Al otro lado del Atlántico, después del triunfo republicano, prevalecía el aislacionismo. Europa se tenía que cocer en su propio jugo y pagar sus deudas. Al mismo tiempo, se impusieron aranceles para impedir la entrada de productos, que era la única forma de poder pagar esas deudas. En la conferencia de Washington de 1921, Estados Unidos propuso medidas de largo alcance para el desarme naval, y el gobierno británico y el estadounidense procedieron encantados a dismantelar sus acorazados y a desmontar sus instalaciones militares. Con una lógica curiosa se argumentó que sería inmoral desarmar al vencido si los vencedores no se desprendían también de sus armas. El dedo acusador angloamericano apuntaba a Francia, privada por igual de la frontera del Rin y de la garantía del tratado, por mantener, aunque fuera a escala muy reducida, un ejército nacional basado en el servicio militar obligatorio.

Estados Unidos comunicó a Gran Bretaña que la continuidad de su alianza con Japón, que los japoneses mantenían escrupulosamente, constituiría un obstáculo para las relaciones entre ambos países, de modo que se le puso fin. Esta anulación produjo una profunda impresión en Japón y se interpretó como un desaire del mundo occidental hacia una potencia asiática. Así se rompieron muchos vínculos que posteriormente habrían tenido un valor decisivo para la paz. Al mismo tiempo, Japón

podía consolarse con el hecho de que la caída de Alemania y Rusia lo había elevado, momentáneamente, al tercer puesto como potencia naval mundial. Aunque el acuerdo naval de Washington establecía para Japón un porcentaje de fuerzas inferior en grandes barcos que para Gran Bretaña y Estados Unidos (cinco para cada uno de éstos, mientras que a Japón le correspondían tres), la cuota asignada estuvo a la altura de su capacidad naval y financiera durante muchos años, y observó con mirada atenta cómo las dos principales potencias navales se recortaban mutuamente su capacidad muy por debajo de lo que les habrían permitido sus recursos y de lo que les imponían sus responsabilidades. De este modo, tanto en Europa como en Asia, los aliados victoriosos fueron creando rápidamente las condiciones que, en nombre de la paz, prepararon el camino para reanudar la guerra.

Mientras se producían todos estos lamentables acontecimientos, en medio del incesante parloteo de tópicos repetidos con la mejor intención a ambos lados del Atlántico, comenzó a vislumbrarse en Europa un nuevo motivo de enfrentamiento, más terrible que el imperialismo de los zares y los káiseres. En Rusia, la guerra civil acabó con la victoria absoluta de la revolución bolchevique. Los ejércitos soviéticos que avanzaron para someter a Polonia fueron rechazados en la batalla de Varsovia, aunque Alemania e Italia estuvieron a punto de sucumbir a la propaganda y los designios comunistas, y Hungría, de hecho, estuvo durante un tiempo bajo el control del dictador comunista Bela Kun. Si bien el mariscal Foch observó con acierto que «el bolchevismo no había atravesado nunca las fronteras de la victoria», los cimientos de la civilización europea se sacudieron durante los primeros años de la posguerra. El fascismo fue la sombra o el hijo feo del comunismo. Mientras el cabo Hitler prestaba servicios a los oficiales alemanes en Múnich, despertando en soldados y obreros un odio feroz hacia los judíos y los comunistas, a los que acusaba de la derrota alemana, otro aventurero, Benito Mussolini, brindaba a Italia un nuevo asunto de gobierno que, al tiempo que aseguraba que defendería al pueblo italiano del comunismo, se otorgaba a sí mismo los poderes de un dictador. Así como el fascismo surgió del comunismo, el nazismo se desarrolló a partir del fascismo. De este modo se iniciaron esos dos movimientos similares, destinados a sumir al mundo en conflictos más espantosos todavía, que no se puede decir que hayan acabado con su destrucción.

Sin embargo, todavía quedaba una garantía sólida de paz: el desarme alemán. Se destruyeron toda su artillería y sus armas, su flota ya se había hundido en Scapa Flow y su vasto ejército se había disuelto. Según el tratado de Versalles, y para mantener el orden interno, Alemania sólo podía conservar un ejército profesional que no

superara los cien mil hombres y por esta causa no podía acumular reservas. La cuota anual de reclutas dejó de recibir instrucción y se disolvieron los cuadros. Se hizo todo lo posible por diezmar el cuerpo de oficiales. No podía tener ningún tipo de fuerza aérea militar, estaban prohibidos los submarinos y la Armada se limitó a un puñado de embarcaciones de menos de diez mil toneladas. La Rusia soviética quedó excluida de Europa occidental por un cordón de estados violentamente antibolcheviques, escindidos de esta forma nueva y más terrible que adoptaba el antiguo imperio de los zares. Polonia y Checoslovaquia alzaban la cabeza de su independencia y parecían mantenerse erectas en Europa central. Hungría se había recuperado de su dosis de Bela Kun. Sin punto de comparación, el ejército francés, dormido en sus laureles, era la fuerza militar más poderosa de Europa, y durante varios años se pensó que su Fuerza Aérea también tenía un nivel elevado.

Hasta el año 1934, los conquistadores mantuvieron un poder indiscutible en Europa y, de hecho, en todo el mundo. No hubo ningún momento, durante estos dieciséis años, en que los tres antiguos aliados, o incluso Gran Bretaña y Francia con sus aliados europeos, no hubieran podido controlar, en nombre de la Sociedad de Naciones y al amparo de su escudo moral e internacional, por un mero esfuerzo de la voluntad, la potencia armada de Alemania. Pero en cambio, hasta 1931, los vencedores, y sobre todo Estados Unidos, concentraron sus esfuerzos en arrancarle a Alemania, mediante enojosos controles extranjeros, las indemnizaciones anuales. El hecho de que estos pagos se realizaran sólo a través de préstamos estadounidenses mucho más voluminosos hacía que todo el proceso resultara absurdo. No se cosechó nada más que inquina. En cambio, si en cualquier momento hasta 1934 se hubiese exigido el estricto cumplimiento de las cláusulas de desarme del tratado de paz, esto habría salvaguardado de forma indefinida, sin violencia ni derramamiento de sangre, la paz y la seguridad de la humanidad. Pero nadie les prestó atención mientras las violaciones fueron insignificantes y, cuando adquirieron proporciones graves, las rehuyeron. De este modo se perdió la última garantía de una paz duradera. Los crímenes de los vencidos encuentran su razón de ser y su explicación, aunque sin duda no su perdón, en las locuras de los vencedores, sin las cuales no habrían existido ni la tentación ni la oportunidad para el crimen.

En estas páginas pretendo narrar algunos de los incidentes y las impresiones que componen en mi cabeza la historia del advenimiento de la peor tragedia en la tumultuosa historia de la humanidad, una tragedia que no sólo consiste en la destrucción de vidas y bienes, inevitables en toda guerra. Durante la primera guerra mundial hubo una matanza aterradora de soldados y se consumió buena parte del te-

oro acumulado por las naciones; pero aparte de los excesos de la revolución rusa, la estructura fundamental de la civilización europea permanecía en pie al final de la contienda. Cuando cesó el fragor de la tormenta y callaron los cañones, las naciones, a pesar de su enemistad, todavía se reconocían unas a otras como personalidades raciales históricas. En general, se habían respetado las normas de la guerra. Existía un punto de encuentro profesional entre los militares que habían combatido entre sí. Tanto los vencedores como los vencidos mantenían la apariencia de estados civilizados. Se firmó una paz solemne que, dejando de lado unos aspectos financieros imposibles de cumplir, se ajustaba a los principios que en el siglo XIX habían regulado cada vez más las relaciones entre pueblos progresistas. Se proclamó el imperio de la ley y se estableció un instrumento mundial para defendernos a todos, y sobre todo a Europa, de una nueva convulsión.

En la segunda guerra mundial desaparecieron los vínculos entre los hombres. Bajo la dominación hitleriana, a la que se dejaron someter, los alemanes cometieron crímenes que no encuentran parangón, en escala ni en maldad, con ninguno que haya ensombrecido la historia humana. La masacre generalizada y sistemática de seis o siete millones de hombres, mujeres y niños en los campos de ejecución alemanes supera en horror las matanzas improvisadas de Gengis Kan y las reduce, en escala, a proporciones mínimas. Durante la guerra en el frente oriental, tanto Alemania como Rusia previeron y llevaron a cabo el exterminio deliberado de poblaciones enteras. El espantoso proceso de bombardear desde el aire ciudades indefensas, iniciado por los alemanes, fue correspondido y multiplicado por veinte por el creciente poderío de los aliados, hasta culminar con el lanzamiento de las bombas atómicas que arrasaron Hiroshima y Nagasaki.

Finalmente, hemos salido de un panorama de ruina material y caos moral como nunca conoció la imaginación de los siglos anteriores. Después de todo lo que hemos sufrido y obtenido, todavía nos enfrentamos a problemas y peligros incluso más imponentes que aquellos de los que nos hemos librado por tan poco.

Después de vivir y de participar en esta época, me propongo demostrar con qué facilidad se podría haber evitado la tragedia de la segunda guerra mundial; que la debilidad de los virtuosos contribuyó al fortalecimiento de los malvados; que la estructura y los hábitos de los estados democráticos, a menos que se unifiquen en organismos más amplios, carecen de los elementos de persistencia y convicción que son los únicos que pueden proporcionar seguridad a las masas humildes, y que, ni siquiera en lo que concierne a nuestra propia preservación, ninguna política se mantiene durante diez o quince años seguidos. Veremos que los consejos de prudencia y restricción pueden llegar a convertirse en agentes primordiales de peligro mortal, y que el camino intermedio que se elige como consecuencia del deseo de se-

guridad y de llevar una vida tranquila conduce a veces directamente al desastre. Veremos la total necesidad de que muchos países busquen en común un amplio margen de acción internacional a lo largo de los años, con independencia de las fluctuaciones de las políticas nacionales.

Era una cuestión política bastante sencilla mantener desarmada a Alemania y a los vencedores con las armas adecuadas durante treinta años y, mientras tanto, aunque no se pudiera llegar a una reconciliación con Alemania, reforzar aún más una auténtica Sociedad de Naciones capaz de asegurar el cumplimiento de los tratados o de permitir que se modificaran sólo mediante la discusión y el acuerdo. Cuando tres o cuatro gobiernos poderosos, actuando de forma conjunta, han exigido a sus pueblos los sacrificios más tremendos, cuando éstos se han entregado libremente por una causa común y cuando se ha obtenido el resultado tan anhelado, parecería lógico mantener una acción concertada, al menos para no dejar de lado lo esencial. Pero la fuerza, la civilización, el saber, los conocimientos y la ciencia de los vencedores fueron incapaces de proporcionar estos requisitos tan modestos. Vivieron en una situación precaria, de día a día y de una elección a la siguiente, hasta que, apenas transcurridos veinte años, apareció la pavorosa señal de la segunda guerra mundial y tuvimos que escribir sobre los hijos de aquellos que habían luchado y muerto tan bien y con tanta fidelidad:

*Apoyando un hombro en otro hombro dolorido, codo a codo,
se alejaron penosamente de los amplios bosques luminosos de la vida*.*

* Siegfried Sassoon.